



5/2006 (10)

Hacia una pedagogía más cristiana

Manuel Ruiz Jurado

La programación de un sistema pedagógico, la guía y coordinación de los diversos componentes del sistema educativo, dependen de la concepción del hombre que está detrás. De ella depende también la definición que se dará del educador y del enseñante. Hay una concepción de la vida y del hombre, dentro de la cual se coloca un sistema educativo, en ella se inspira y a ella se refiere.

La antropología filosófica busca cómo debe ser el hombre, y no sólo cómo es la realidad actual de los hombres. Podríamos hablar en este caso de una especie de "utopía"; pero que ha de transferir ese diseño utópico de la mente a la realidad de los eventos e intervenciones educativas. Aquí no me interesa identificar el hecho actual constatable y descriptible de los diversos sistemas pedagógicos existentes, sino encontrar los rasgos, los trazos y elementos necesarios de un proyecto. Nos movemos en el ámbito de lo que se ha de hacer. Los sistemas completos, las modalidades de actuación vendrán después como consecuencia del proyecto general del hombre que se espera formar.

Es verdad que la relación educador-educando tiene que ver, en cierto sentido, con la relación artista-obra de arte; pero la obra de arte que se pretende realizar y los procedimientos para realizarla dependen, en la pedagogía, de la inspiración, de la mentalidad educativa del educador. ¿Qué "hombre futuro" tiene en su mente? ¿No lo ha pensado? ¿Es un hombre totalmente autónomo o, al menos parcialmente, heterónimo? ¿Es un hombre libre y responsable, o un elemento de la cadena existente ya en la sociedad, un servidor de un sistema preconcebido de sociedad o de estado? ¿Un repetidor del orden existente, o un hombre capaz de mejorar lo que hasta ahora se viene realizando?

El diseño que buscamos no se puede concebir como una simple ciencia de la educación, necesariamente interdisciplinar, sino como una meta-educación, que fundamenta la concepción totalizadora, orgánica y sistemática de la educación.

Filosofía teológica de la educación cristiana

La reflexión que pretendemos se ha de situar a nivel filosófico, pues tiene como punto de referencia “el hombre” en su realidad trascendente. Pero el hombre en una filosofía abierta a la luz de la revelación, que la complementa y perfecciona, iluminada por la teología. Es necesario mirar al hombre en su destino querido por Dios su Creador y Salvador, al hombre en sus valores auténticos y más altos, al hombre como lo ha revelado Dios a nosotros los hombres en Jesucristo¹. Como afirma el Concilio Vaticano II: “En Jesucristo ha revelado Dios al hombre la verdad del hombre”², ya que Jesucristo es “Alfa” y “Omega”, el principio y modelo de la creación y la consumación de todo lo creado, a través del hombre.

El mismo se ha mostrado “el camino de la verdadera vida” (cf. Jn 14, 6) y ninguno puede llegar al Padre, sino por medio de El. Todos y cada uno de los hombres han sido destinados por el Padre para realizar una imagen concreta de su Hijo Jesucristo (Rom 8, 29). Pero, ni el naturalismo, ni la ilustración, ni el romanticismo, ni el existencialismo, ni siquiera el humanismo, en la reforma católica (condicionado por la actuación de una sociedad y por el grado de evolución de las ideas pedagógicas de su tiempo), era propuesto explícitamente así en los planteamientos de una educación de los centros educativos: una educación que subordinase todo lo demás a preparar la realización de la imagen de Cristo en cada una de los educandos. Nos parece que continúa existiendo una cierta separación, división entre la cultura humana del hombre y su realización plena a la luz de la fe, una cierta separación entre el hombre “carnal” y el hombre “espiritual”³, no una plena unidad e integración

¹ Cf. V. Berning, “Antropología. II. Antropología pedagógica”, en J. Speck, G. Wehle, *Conceptos fundamentales de pedagogía*, Barcelona, 1981, pp. 33-50.

² Cf. *Gaudium et spes*, 22.

³ Entendemos aquí los términos “carnal” y “espiritual” en sentido paulino, como explicaremos algo más adelante. La diferencia fundamental se coloca

(aun considerando la distinción y división de los planos correspondientes), en el planteamiento de la educación.

Hacia una pedagogía cristiformadora

Pienso que se debe ir hacia una pedagogía más profundamente y más explícitamente cristocéntrica, más concretada y consecuente con sus objetivos. Como ha afirmado claramente el Concilio Vaticano II: Cristo es quien ha revelado al hombre lo que es el hombre, según los designios de Dios eterno⁴. A disponer el hombre para la realización de esos designios divinos se ha de dirigir la acción pedagógica y educativa cristiana, como a la meta propia y verdadera de su educación; ya que el Padre ha destinado a todo hombre a ser con su vida una imagen concreta (conforme a la imagen) de su Hijo Jesucristo (Rom 8, 29). A ese objetivo va encaminada también la acción del Espíritu Santo en el alma de cada hombre⁵. De esa acción nace la identidad común de los cristianos y la auténtica vocación de cada uno.

Pensamos que este principio no debe quedar como una idea conocida, sino colocada en el desván de un presupuesto que, de hecho, no influye en las estrategias y en las tácticas educativas, como fundamento en el que se ha de basar toda acción concreta educativa del cristiano, todo plan de auténtica formación cristiana⁶. Debiera ser el objetivo primero del educador, para ayudar a establecer la colaboración conjunta necesaria del educando con el Espíritu Santo; pues sólo así se llevará a efecto el plan y designio de Dios de realizar en cada hombre la imagen concreta que desea en él de su Hijo Jesucristo.

entre quien ha recibido el don del Espíritu Santo y se deja iluminar por El, para penetrar las realidades en el sentido que tienen en el designio de Dios, y el que sólo vive de su realidad pasional e intelectual humana, su sola naturaleza racional.

⁴ Cf. *Gaudium et spes*, 22.

⁵ “Los que se dejan guiar del Espíritu de Dios son los hijos de Dios” (Rom 8,14).

⁶ Cf. *Gravissimum educationis*, 2.

Una pedagogía realista

Siempre existirá una distancia entre el “deber ser” y el “ser concreto” en la realidad de nuestras acciones, entre el proyecto y la realidad, que necesita pasos intermedios para llegar a la realización concreta del proyecto. A la filosofía teológica de la educación hay que completarla con la pedagogía, metodología, didáctica. Pero éstas últimas carecerían de sentido último, privadas de su orientación global, sin la primera. Siempre será necesario también completar la claridad de objetivos inmediatos, los resultados de las propias experiencias, y aun la genialidad personal con sus éxitos, con las tentativas sucesivas, la adaptaciones necesarias a grupos e individuos diversos. Mas en el orden pedagógico cristiano hemos de contar ante todo con la ayuda necesaria de la oración y los sacramentos. Las fuerzas y medios naturales no bastan, es necesaria la ayuda sobrenatural de la gracia santificante y de las gracias actuales.

Quizás, con frecuencia, la referencia a las realidades sobrenaturales, fundamentadoras de la educación cristiana, ha sido predominantemente abstracta: la realidad creatural y finita del hombre, su composición de cuerpo y espíritu, su destino a Dios, realidad trascendente, eterna, superior a sus propias fuerzas naturales, la necesidad del ejercicio libre de sus posibilidades por el camino de la voluntad de Dios. A veces, se ha llegado a un lenguaje más explícitamente cristiano, con la consideración de su nuevo ser sobrenatural con el bautismo: la “nueva criatura”, hijo de Dios participante de la naturaleza divina por la gracia santificante, caído y redimido, restaurado en su vocación originaria y enriquecido con los medios adecuados para que pueda realizar su propia vocación “dentro de Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia”⁷.

Las metas intermedias

Para llegar a un plano educativo conviene reflexionar sobre las metas intermedias que conduzcan a ese objetivo final.

⁷ Cf. P. Braido, P. Gianola, *Educar. Teoría de la educación*, Salamanca 1982, p. 33.

Pienso que, ante todo, hay que proyectar la formación de una disponibilidad obediencial. Si la educación ha de formar una capacidad habitual de obrar libremente con rectitud, ésta no puede existir en el orden existencial cristiano sin una referencia concreta: una disponibilidad concreta, y aceptada por el sujeto humano, a dejarse guiar por el Espíritu de Dios, teniendo como modelo ejemplar a Cristo. Los “hijos de Dios” han de formarse según el “Hijo de Dios”, si se dejan guiar por el Espíritu de Dios.

El “Hijo eterno de Dios”, hecho hombre, entrado en nuestro tiempo, se hizo el primogénito de todos los que le han de seguir en la consecución del fin último de la criatura humana (cf. 1 Cor 15, 23). Es así el modelo, el “camino de la verdadera vida” (Jn 14, 6), no puede dejar de estar presente como ideal en toda vida y vocación cristiana. Y El vino al mundo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre que le envió (cf. Jn 4, 34; 17, 4).

Si el hombre tuviera dos \square nes, uno natural y otro sobrenatural, se podría quizás hablar de dos tipos de plenitud y de madurez, una plenitud de madurez humana y otra cristiana, una natural y otra sobrenatural; pero, dado que la intención de Dios es una, y ha destinado a todo hombre “a ser santo e inmaculado en su presencia por la caridad” (Ef 1, 4) en Cristo, don sobrenatural, perdido por el hombre en el primer Adán, y reconquistado para el hombre por el segundo Adán (Cristo) con su obra redentora, sólo uno es el \square n sobrenatural dado por Dios al hombre. Sólo en Cristo y por Cristo se podrá alcanzar el destino del hombre, aunque algunos lo ignoren o no actúen en consecuencia con esta única \square nalidad del hombre.

Sólo abriéndose a esa disponibilidad obediencial al Espíritu, a esa realidad sobrenatural, podrá el hombre realizar su madurez humana y cristiana en la plenitud a la que está destinado. Sólo en esa actitud fundamental podrá reconocer cada uno a Cristo y en El su vocación personal, a la luz y con la guía del Espíritu Santo, a través de las inspiraciones, luces y mociones personales, con el ejercicio constante de la fe y la práctica de la vida eclesial, a la que está destinado por Dios. Por lo tanto, a través de una vida interior meditativa, orante, suplicante de luz y de gracia, de fuerza interiores.

La educación cristiana ha de incluir la preparación de actitudes que permitan al hombre superar los obstáculos de su limitación creatural, de sus concupiscencias y a \square ciones desordenadas, para poderse guiar por el Espíritu de Dios, por una

parte. Por otra, ir formando en sí mismo por asimilación personal, bajo la guía del Espíritu Santo, las actitudes propias del “hombre nuevo”, según Cristo. Como había avisado Cristo a todo el que quisiera seguirle: “...que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga” (Mt 16, 24; Lc 9, 23).

Y esta afirmación no es sólo una invitación evangélica, sino que implica un principio necesario en la formación de la personalidad cristiana. Es una condición de posibilidad para seguir a Cristo, un principio guía en la educación, si hemos de ayudar a crear actitudes que preparen la madurez cristiana.

Renunciar al “sí mismo” independiente, al hombre viejo con sus apetencias puramente terrenales y mundanas, a una perspectiva de la vida cerrada en lo visible y lo tangible, actuar positivamente para superar nuestras propias esclavitudes o aficiones limitadas, para fomentar las propias del “hombre nuevo”, las que nos brinda la cercanía de Cristo en la vida interior, y nos alimenta con sus sacramentos y la fe, transmitida en la Iglesia, asimilada cada día en actitud orante, son condición y elementos necesarios para la educación cristiana, concebida en su autenticidad⁸.

No tener presente este principio educativo conduce al fallo de toda educación verdadera; porque desvía de la auténtica finalidad del hombre en su existencia. Oración y abnegación son necesarias para poder vivir según Cristo, y la educación ha de tener este objetivo, que es el único fin designado por Dios al hombre.

San Pablo afirma, respecto a todo cristiano, que no hemos recibido el espíritu del mundo para juzgar las cosas según el mundo⁹, al llegar a ser cristianos, sino el Espíritu de Dios, para poder conocer lo que es de Dios (1 Cor 2, 12-13). Porque sólo el Espíritu de Dios penetra en las intimidades de Dios, y san Pablo hace la comparación de cómo sólo el espíritu del hombre penetra en las intimidades del hombre (1 Cor 2, 11), así sólo el que tiene el Espíritu de Dios puede conocer las intimidades de Dios. Por ello estamos llamados a discernir espiritualmente:

⁸ “Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, hemos de caminar según el Espíritu” (Gal 5, 24-25).

⁹ El “mundo” significa en este contexto la acepción frecuente en san Pablo: el criterio de los hombres que juzgan con solas las luces naturales, sus pasiones y sus concupiscencias, no según el designio de Dios, porque no han aceptado aún la “mentem Christi” (cf. 1 Cor 2,16).

como “hombres espirituales”, no como “hombres carnales” (cf. 1 Cor 2, 6-16 y Gal 5, 13-26).

Por eso aconseja a los romanos (Rom 12, 1-2) que no formen su propia mentalidad según el mundo. Han de cambiar sus criterios y sensibilidad hacia el mundo, las personas, las cosas y el propio ser: renovarse, con la mentalidad del hombre nuevo, para poder discernir la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que a El agrada, lo que es perfecto. Ello requiere ofrecer todo el propio ser, el propio cuerpo a Dios, como una oblación razonable, santa, agradable a El. En el fondo subyace lo que escribe a los Gálatas: “Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias” (Gal 5, 24).

La doctrina de Cristo no puede cambiar. San Pablo no hace sino iluminar las enseñanzas de Cristo sobre la renuncia, la muerte, la verdadera ganancia y la vida. Pero aquí hay que verlas en relación con la posibilidad de discernir la voluntad de Dios sobre nuestras propias vidas, con la posibilidad de discernir como hombres espirituales; ya que el hombre carnal “animalis homo” no puede percibir lo que es propio de Dios, no tiene la mentalidad y la sensibilidad de Cristo, si no se convierte en “hombre espiritual” (1 Cor 2, 13-16). Lo que quiere Dios, lo que desea Dios sobre cada uno está en el interior de Dios y hemos de tratar de descubrirlo a la luz de su Espíritu, no con las solas fuerzas humanas, ni aplicando criterios carnales¹⁰.

El Concilio Vaticano II ha enseñado la necesidad de purificar todas las actividades humanas por medio de la cruz y resurrección de Cristo, porque “a causa de la soberbia y del egoísmo, corren constante peligro”¹¹. Y también que el discernimiento no es una cuestión reservada a unos pocos cristianos en la Iglesia, sino deber de todos en la Iglesia para responder a su misión:

Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, para responder en modo adecuado a los interrogantes de cada época sobre el sentido de la vida presente y de la futura y la mutua relación entre ambas¹².

¹⁰ Se pueden encontrar más explicaciones sobre el discernimiento espiritual, su naturaleza teológica, su práctica y aplicaciones varias en la vida, en: M. Ruiz Jurado S.I., *El discernimiento espiritual*, Madrid 1994.

¹¹ *Gaudium et spes*, 37.

¹² *Ibid.*, 4.

Es el pueblo de Dios que, movido por la fe en que el Espíritu Santo lo guía, ha de esforzarse por discernir en los acontecimientos, deseos profundos y aspiraciones de sus contemporáneos, cuáles son verdaderos signos de la presencia de Dios y de sus planes y cuáles no, sino semilla del mal y de los conflictos. A la luz de la fe, que contiene la vocación integral del hombre, es como puede iluminar su mente para encontrar soluciones verdaderamente humanas a los problemas del tiempo¹³.

Y añade que a la conciencia bien formada del seglar cristiano corresponde actuar para que la ley divina se inscriba en la vida de la ciudad terrena. No es que su papel se a meramente pasivo para esperar recibir de sus pastores, en todas las cuestiones, las soluciones ya preparadas. Impulsa a que ellos mismos, iluminados por la sabiduría propia del cristiano, es decir, con discernimiento espiritual, y la doctrina del Magisterio, asuman su papel para encontrarlas¹⁴.

Es posible que la preparación del cristiano al discernimiento espiritual no haya formado parte explícita y consciente de sus implicaciones en los planes de formación, o en los manuales de pedagogía; pero hoy parece más necesario aún, en medio del pluralismo y de las presiones contrarias que existen en la sociedad actual¹⁵. No se trata de una cuestión marginal o circunstancial, o de algo que se puede relegar a aquellos que se decidan por ayudarse de una dirección espiritual. Es algo correspondiente a la formación, a un plan integral y auténtico de educación para todo cristiano.

La metodología

La consecuencia es que hay que articular la metodología correspondiente en función de estos objetivos: la consecución de las actitudes cristianas que conducen a la madurez. Habrá que ayudar a ordenar en esa dirección todas las facultades y capacidades del hombre.

¹³ Cf. *ibid.*, 11.

¹⁴ Cf. *ibid.*, 43 b.

¹⁵ El Papa Juan Pablo II ha advertido la necesidad de esta preparación al discernimiento, por lo que toca a la formación actual de los futuros sacerdotes (cf. *Pastores dabo vobis*, 10).

Es claro que habrá que pensar en la concreta aplicación a las diversas facultades y a los diversos individuos y circunstancias de la vida. No voy a desarrollar aquí esta metodología concreta. Me interesa, por lo pronto, llamar la atención sobre la necesidad de tener claro el horizonte final, los objetivos que han de orientar esa metodología. No todos podemos hacer todo y en el contenido de un artículo¹⁶. Sé que la preocupación de muchos va por esos aspectos concretos; pero, a mi parecer, falta más y es más necesaria la conciencia de los objetivos en orden a la orientación final. Abunda una pedagogía basada en otras finalidades prácticas, desprovista de los criterios finales que han de orientar los objetivos intermedios a lograr en subordinación a la dignidad y destino cristiano de la persona humana.

Por eso no pueden contribuir a la madurez humana auténtica, o van creando exigencias y actitudes contradictorias o contrarias al destino real que Dios ha dado al hombre en Cristo, o tensiones que el educando no sabrá resolver satisfactoriamente.

Sólo con su madurez cristiana podrá ofrecer a la sociedad el servicio que tiene derecho a esperar de él: el discernimiento espiritual para ofrecer soluciones cristianas a los problemas personales y a las de la sociedad de su tiempo. El cristiano es consciente de que el Señor es el Ω de toda la historia humana, hacia Quien tienden los deseos más profundos del corazón humano. Es El quien lleva a plenitud todas sus auténticas aspiraciones. Por ello, no tiene que tener miedo a ofrecer al mundo su aportación específica, con la misma libertad, y aun mayor, que de otras mentalidades la rechazan. Especialmente hoy, el modo evangélico y eclesial de concebir la familia, la vida humana, la Ω nalidad del amor humano y del sexo, de la vida económica y política, de la verdadera paz y de la auténtica justicia, de la colaboración y solidaridad humana internacional.

El cristiano ha de ser consciente de que, como Cristo, será rechazado a veces y perseguido por causa de su mentalidad y posiciones cristianas; pero también ha de sentirse alegre de poder dar testimonio de su esperanza, en medio de las tribulaciones y desgracias de este mundo. Nunca podrá olvidar las palabras del Señor: "...Alegraos y regocijaos en aquella hora,

¹⁶ Vean para la cuestión de la obediencia cristiana: Manuel Ruiz Jurado, *Hacia una pedagogía de la obediencia cristiana*, Madrid 1968, en donde también se tratan algunos aspectos metodológicos.

porque vuestra recompensa será grande en el Reino de los Cielos” (Lc 6, 23); y : “Confiad, que Yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

Reflexiones finales

El plan educativo que se centra en Cristo no es un integrismo religioso, que pretenda imponerse por la violencia a nadie, sino la oferta de una verdad para que sea aceptada libre y conscientemente por el hombre, es la propuesta de un plan educativo fundado en la verdad revelada, que completa la luz de la reflexión filosófica sobre la verdadera finalidad del hombre. La revelación divina, como nos ha llegado, a través del Evangelio y la enseñanza de la Iglesia, ilumina la vida del hombre, y debe iluminarla también en un aspecto tan necesario como la educación, la acción formativa y los medios que han de ayudar a los educadores en su actividad.

No implica tampoco una anulación de todos los aspectos parciales de la formación del hombre y de la atención a sus capacidades varias: física, psicológica, social, moral, de la mente, del corazón etc., sino que reconoce la necesidad de unir todos esos aspectos, subordinándolos al fin total de la persona, a su realización según la voluntad de Dios.

Si no contamos con estas realidades en la educación cristiana, arriesgamos todo; porque privamos a los educandos del elemento decisivo, que conduce a iluminar su existencia y sus opciones con la luz de la fe y a dejarse guiar por el Espíritu que ha de conducir su vida. El elemento necesario para llegar a la madurez cristiana es el discernimiento espiritual a la luz de una sabiduría, que no es meramente racional, sino procedente de la vida y Cruz de Cristo (cf. Hebr 5, 14 y 1 Cor 1, 18-26). Si atendemos a la doctrina paulina, estaríamos formando según el “hombre viejo” y no según el “hombre nuevo”, criado según Cristo “en la santidad de la verdad” (Ef 4, 24).

→ **KEYWORDS** – ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICO-TEOLÓGICA, METAEDUCACIÓN, PEDAGOGÍA DE CRISTO